

Chapter Title: La protesta como crítica y creación: las disputas sobre los procesos económicos y políticos

Chapter Author(s): Priscila D. Carvalho, Ernesto Mate and Ignacio Díaz

Book Title: Protestas, democracia y desigualdades en el Cono Sur

Book Editor(s): Priscila D. Carvalho, Ana Natalucci, Nicolás M. Somma

Published by: Prometeo Editorial. (2024)

Stable URL: <https://www.jstor.org/stable/jj.43178327.5>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <https://about.jstor.org/terms>



This book is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivs 2.5 Generic License (CC BY-NC-ND 2.5). To view a copy of this license, visit <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.5/>.



JSTOR

Prometeo Editorial is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Protestas, democracia y desigualdades en el Cono Sur*

Capítulo 1

La protesta como crítica y creación: las disputas sobre los procesos económicos y políticos¹

Priscila D. Carvalho, Ernesto Mate e Ignacio Díaz

Introducción

Este capítulo tiene el desafío de construir una narrativa que presente de manera ordenada algunas de las principales dinámicas de la protesta a lo largo de la década en cada país, pero también de establecer algunos ejes de comparación. Para ello, emprendió el reto de trabajar a la vez con los eventos de protestas que componen nuestra base de datos², con las trayectorias nacionales de protesta, y con elementos estructurales que desde la economía y la política enmarcaron el período. La metodología de análisis de eventos de protesta que seguimos en este libro nos posibilita tanto una mirada longitudinal de las protestas rutinarias, como también de las “coyunturas críticas”, establecidas cuando las protestas desafían las estructuras existentes y crean discontinuidades y rupturas (della Porta, 2020) o cuando surgen ciclos de protestas que irrumpen la normalidad de los acontecimientos (Tarrow, 2004).

¹ Los autores agradecen a Rocío Annunziata y a los compañeros y las compañeras del LA-Protesta por comentarios contribuyeron para el desarrollo del texto.

² Los eventos notificados por los diarios no son la totalidad de protestas en un período, sino los que pasaron por el *gatekeeping* de los periódicos, como ya argumentamos en la introducción.

Para construir el capítulo, optamos por una estrategia intermedia que no analiza en profundidad las protestas que reportaron los periódicos, ni se centra únicamente en los ciclos de protesta, como junio de 2013 en Brasil o el ciclo abierto con las manifestaciones estudiantiles de 2011 y que derivó en el Estallido Social de 2019 en Chile. Nuestra estrategia fue más bien empírica: miramos las curvas de eventos en cada país producidas con los datos del LAProtesta para identificar momentos en los que aumentaron los volúmenes de protesta y localizamos los eventos clave que configuraron esos momentos. A estos los denominamos “hitos”; conjuntos de eventos sin los cuales no se puede comprender cabalmente el período. Estos trajeron aparejadas consecuencias políticas o sociales significativas y constituyeron puntos de inflexión, aunque no necesariamente modificaran las estructuras existentes -por ejemplo, las protestas contra las reformas en las reglas de pensiones, observadas en los tres países, no siempre tuvieron éxito, pero aun así demostraron ser relevantes para impulsar en la agenda (en Chile) o expresar desacuerdos (en Brasil y Argentina)-. Así, con el foco en los hitos, seleccionamos un conjunto limitado de protestas desde las cuales construimos las narrativas nacionales. Esto es lo que presentamos en la primera parte del texto.

A su vez, los hitos nos sirvieron como guía para construir una estrategia de comparación que, de forma inductiva, dividimos en dos grandes ejes, con evidentes superposiciones entre ellos pero aun así analíticamente identificables: un conjunto de protestas enfatizaron cuestiones económicas -las protestas directamente acerca de políticas económicas o sobre reformas laborales y previsionales-, mientras que otras hicieron planteos directamente al funcionamiento del Estado, a determinadas políticas, o a gobernantes -junio de 2013 y los actos en favor y contra el impeachment en Brasil; las protestas antikirchneristas en Argentina o las movilizaciones estudiantiles y el Estallido Social en Chile- o impugnaron prácticas difundidas en la sociedad y demandaron a los gobiernos una respuesta a sus problemáticas asociadas -como el #NiUnaMenos en Argentina-.

En la mirada del conjunto, observamos que estas protestas presentaron una doble dimensión: cuando la protesta impugnó políticas económicas, también contribuyó para trazar alternativas; cuando puso de relieve críticas a la política institucional, fue capaz de contribuir para la emergencia de nuevos liderazgos y fuerzas políticas, como se vio entre los estudiantes de

Chile o el ciclo de Junio en Brasil; cuando reclamó contra las problemáticas de las mujeres, contribuyó a la creación de políticas novedosas.

Nuestro punto aquí es tanto teórico como empírico. Las protestas suelen ser leídas como parte de los repertorios contemporáneos de acción colectiva, y fueron progresivamente entendidas como performativas en el sentido de que había allí repetición de maneras conocidas de presentar demandas al Estado, pero también la posibilidad de renovar la propia manera de protestar (Alonso, 2012; Tilly, 2008). En los ciclos de protesta también se encuentran señales de creación cuando, en los períodos de ascenso de las curvas de movilizaciones, los “madrugadores” abren oportunidades para que otros grupos y personas se sumen a la protesta y las demandas se agreguen y expandan rápidamente, generando reorganizaciones en los repertorios, los *frames* e incluso en los patrones de relación con el Estado (McAdam, Tarrow y Tilly, 2005). Ahí son posibles cambios e innovaciones no previstas en las demandas o en los actores movilizados.

La reciente teoría que mira específicamente a las manifestaciones, como subrayamos ya en la introducción, entiende tales fenómenos como más que “eventos de reclamo”. Son además “un modo de construcción del espacio social” (Fillieule y Tartakowsky, 2015, p. 40), en tanto constituyen un espacio de socialización de los individuos, al mismo tiempo que una forma de apelar a públicos más amplios, para darse a conocer como también para convencer. Además de portar demandas, expresan preferencias políticas que pueden polarizar el campo político y recrear símbolos -como en el caso de Brasil-, construir discursos propios y establecer antagonismos con gobiernos -como el caso de las protestas antikirchneristas- y adquirir dimensiones instituyentes que disputan las reglas políticas -como el caso de Chile-. Los efectos pueden variar desde la percepción de pertenecer a determinado grupo hasta la prehensión de conciencia sobre temas y cuestiones.

La percepción de las protestas como espacios de creación también converge con los análisis feministas, que subrayan sus cualidades creativas, una vez más sugiriendo que las movilizaciones merecen atención no solamente como tácticas, sino por lo que pueden producir en términos de sentidos, prácticas y de impactos sobre políticas públicas o el funcionamiento de las instituciones. En las protestas emergen performances y formas de expresión corporales y afectivas, que demuestran y renuevan trazos lúdicos y enmarcados en los cuerpos de los y las activistas. También permiten que se pro-

duzcan recomposiciones en el campo feminista, incluso con articulaciones más informales, fluidas y a veces efímeras (Alvarez, 2022, p. 14).

Así, nuestro argumento es que la protesta en este período no puede entenderse solamente desde su carácter contencioso, sino también en su carácter performativo, en tanto cumplió un doble rol: un rol de crítica a gobiernos y políticas y un rol de creación de demandas y discursos, de emergencia de fuerzas políticas y liderazgos y de impulso de políticas públicas. Si bien la dimensión creadora tiende a ser más visible en ciclos de protestas o cuando se abren coyunturas críticas, este doble carácter de la protesta estuvo presente en muchos de los hitos identificados.

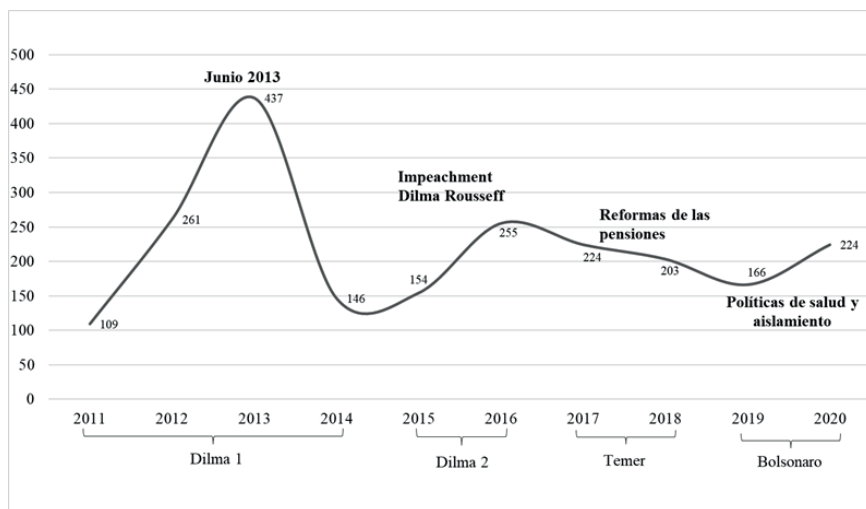
A continuación, el capítulo comienza con una mirada general de los principales hitos de la protesta en los tres países para luego avanzar en una mirada comparada con foco en el doble rol que cumplió la protesta en el período, como crítica y como creación. Finalmente, el capítulo presenta conclusiones.

Hitos de la protesta en los tres países

El período analizado comprende un momento de agotamiento del conjunto de gobiernos progresistas que derivó en alternancias de los colores políticos de los gobiernos nacionales, en cada uno de los tres países. Casi simultáneamente -y en procesos que se interpelan a todo momento- los países vivieron giros en las políticas económicas y el agotamiento de la narrativa común que se había establecido a inicio de siglo 21 en torno al desarrollo basado en recursos del ciclo económico de las *commodities* y la expansión e innovación de políticas sociales. En cada país, estos cambios se desarrollaron conectados a dinámicas institucionales y a dinámicas de protestas nacionales.

Para Brasil, el período 2011-2020 comprende la primera presidencia de Dilma Rousseff (2011-2014), su segunda presidencia hasta el cuestionado proceso de *impeachment* el 31 de agosto de 2016 y luego completado por su vicepresidente Michel Temer hasta el 31 de diciembre de 2018, y finalmente los dos primeros años del gobierno de Jair Bolsonaro (2019-2020).

Figura 1. Frecuencia de eventos de protesta en Brasil (2011-2020)



Nota: n de eventos de protestas entre 2011 y 2020 en Brasil = 2179.

Este período estuvo marcado por el ciclo de protesta “Junio de 2013”, que comenzó a formarse en 2012 y alcanzó su punto máximo en 2013 -años que concentraron el 12% y 20% de las protestas relevadas en el diario Folha de S.Paulo-. Surgió a partir de protestas ligadas a las condiciones de vida en las ciudades, en especial al aumento de los precios del transporte público, pero abarcó una diversidad de demandas, desde la mejora de los servicios públicos hasta a las críticas a los costos de grandes eventos deportivos (Alonso 2023, Pinheiro-Machado 2019, Mendonça y Bustamante, 2020; Tatagiba y Galvão, 2019). Este ciclo fue fundamental para pensar el período porque contribuyó al cambio de los patrones de movilización en el país: surgieron nuevos actores, demandas y formas de acción -más horizontales y de cariz autonomista-, a la vez que se renovaron los discursos y liderazgos que marcarían la agenda política en los siguientes años.

Un segundo hito fue la campaña por el *impeachment* de Dilma Rousseff. Comenzó luego de las disputadas elecciones de 2014, cuestionadas por la oposición. En marzo de 2015, durante un discurso con motivo del Día de la Mujer hubo cacerolazos contra la presidenta en varias capitales. Fue el inicio del crecimiento de las protestas que sólo se enfriaron con la conclusión del proceso de *impeachment* y que llevaron a las calles a dos grupos antagóni-

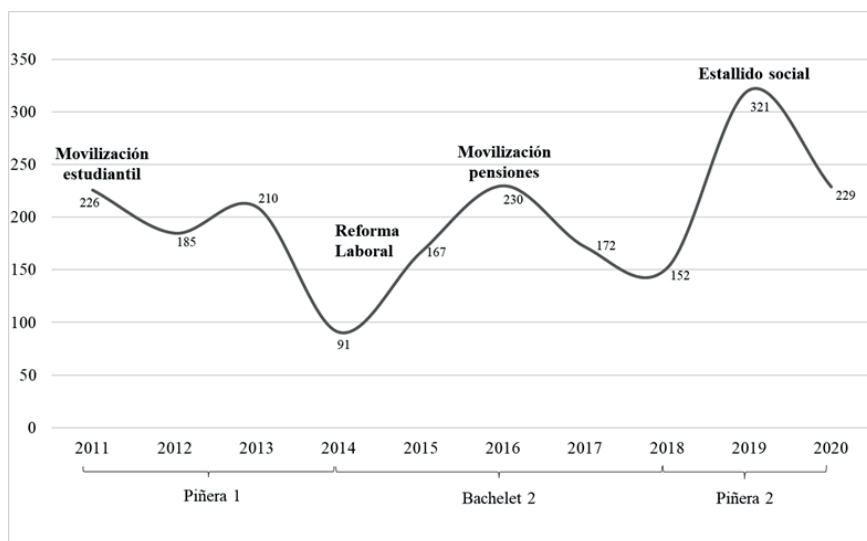
cos: los vestidos de verde y amarillo, que pedían la salida de la presidenta -entre ellos nuevos movimientos autoproclamados de derecha como el *Movimento Brasil Livre* (MBL)- y, en rojo, los que defendían la continuidad de su mandato -actores tradicionales de la Nueva República como sindicatos y movimientos populares, en alianza con grupos de mujeres, mujeres negras y jóvenes, colectivos y organizaciones LGBTQIA+, movimientos negros e indígenas-. Aquellos dos grupos marcaron la protesta en los años siguientes y, en la disputa por movilizar más gente, el volumen de protestas se multiplicó (Bringel y Pleyers, 2015; Tatagiba y Galvão, 2019).

El gobierno de Temer marcó una inflexión ideológica no ratificada por las urnas, profundizó el proceso de recorte del gasto público y enfatizó propuestas de reformas, laboral y previsional. Los movimientos obreros y populares retomaron visibilidad en movilizaciones contrarias a estas reformas. Temer logró flexibilizar la legislación de protección a los trabajadores, pero sus reformas se interrumpieron cuando se vio involucrado en un escándalo de corrupción.

En 2018, meses antes de las elecciones, conductores de camiones que cortaban las carreteras en contra del aumento de los precios del diesel incluyeron en sus demandas una intervención militar. El tema entra desde aquel momento en la agenda política. La extrema derecha encontró expresión institucional con la elección de Jair Bolsonaro. En su gobierno, siguieron las disputas: manifestantes en las calles y en motocicletas apoyan al presidente y criticaban los poderes Legislativo y Judicial, mientras movimientos populares y la izquierda cuestionaron la reforma de pensiones y recortes presupuestarios en las políticas educativas.

En el caso de Chile, el período abarca buena parte de la primera presidencia de Sebastián Piñera (2010-2014), la segunda presidencia de Michelle Bachelet (2014-2018) y tres años de la segunda presidencia de Piñera (2018-2020).

Figura 2. Frecuencia de eventos de protesta en Chile (2011-2020)



Nota: n de eventos de protestas entre 2011 y 2020 en Chile = 1983.

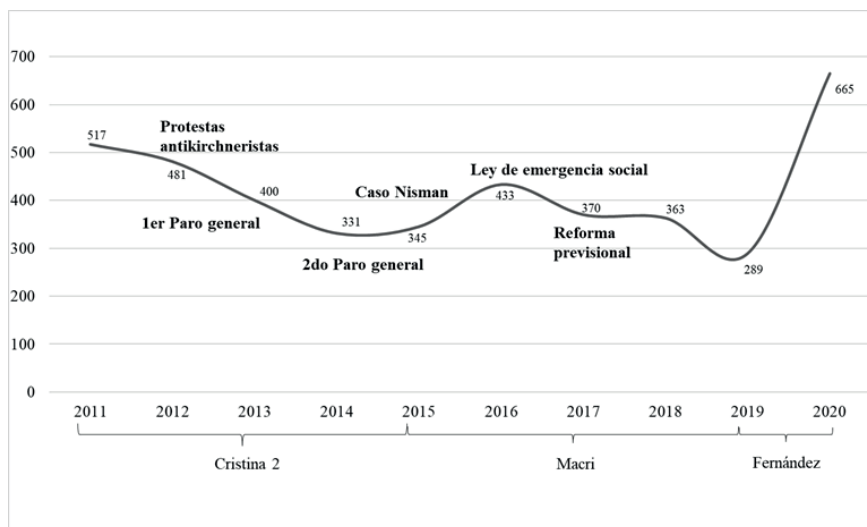
El conflicto que marcó esta década fue la educación. Ya en la década anterior los estudiantes habían ocupado un rol clave en la protesta. En 2011 estalló el conflicto en las universidades públicas y luego se amplió a las privadas y la educación escolar, demandando que el Estado financiara en mayor medida las universidades estatales y se prohibiera el lucro privado en el sistema educativo (Donoso, 2014). Las demandas no fueron abordadas por el gobierno de Piñera por lo que el conflicto siguió expresándose a lo largo de la década con distintas intensidades.

Otro actor clave fue el movimiento de trabajadores. Durante el gobierno de Bachelet, se movilizaron por dos grandes cuestiones. Por un lado, lo hicieron en apoyo al proyecto de reforma laboral progresiva presentado por Bachelet. Esta movilización logró que finalmente se apruebe, aunque sus puntos más importantes fueron declarados inconstitucionales y quedaron sin efecto. Por otro lado, un conjunto de organizaciones sindicales de trabajadores públicos y privados fundó en 2013 la Coordinadora No Más AFP buscando un sistema de pensiones tripartito entre el Estado, los trabajadores y los privados (Mejías y Panes, 2018). Para 2016 se movilizó masivamente, pero -al igual que con el movimiento estudiantil- el sistema político evitó responder a la demanda central y mantuvo el conflicto en latencia.

En octubre de 2019 salieron a la calle estudiantes y después cientos de miles de personas en todo el país por semanas. Desataron la movilización el pobre manejo comunicacional del gobierno de Sebastián Piñera y el alza del pasaje del transporte urbano de Santiago (Avendaño, 2019; Selamé, 2022), en el marco general de una situación económica deteriorada y la falta de respuestas satisfactorias a las demandas de los movimientos sociales (Somma et al., 2020a). El “estallido social” no tuvo comparación con ningún proceso anterior. En dos meses se duplicó el número de protestas que se contabilizaron en todo el año 2011, el más conflictivo hasta ese momento. En los últimos dos meses y medio de 2019 se registraron en promedio 44 protestas por día. La convocatoria también alcanzó un registro sin precedentes. En noviembre de 2019 más de un millón y medio de personas salieron a la calle en la capital en una sola tarde y se estima que otro millón y medio lo hizo en el resto del país (Somma et al., 2020b). Estas grandes protestas se combinaban con múltiples pequeñas manifestaciones en sectores periféricos donde se congregaban apenas unas decenas de personas cortando el tránsito vehicular. Tras este intenso período, en octubre de 2020 ganó con un 78% la opción a favor de redactar una nueva constitución en la elección más concurrida de la historia del país y que marcó un revés a la tendencia decreciente a la participación electoral de la década anterior.

En Argentina, el período 2011-2020 abarcó la segunda presidencia de Cristina Fernández de Kirchner (2011-2015), la presidencia de Mauricio Macri (2015-2019) y el primer año de Alberto Fernández (2020).

Figura 3. Frecuencia de eventos de protesta en Argentina (2011-2020)



Nota: n de eventos de protestas entre 2011 y 2020 en Argentina = 4194.

Durante la segunda presidencia de Cristina Fernández de Kirchner (2011-2015) los ejes de conflictividad se centraron principalmente en dos. Por un lado, los sectores que habían sido aliados o cercanos al gobierno pero que durante estos años se distanciaron³, y por otro las protestas articuladas por sectores antikirchneristas. Entre estas últimas, los eventos más importantes fueron los cuatro cacerolazos entre 2012 y 2013⁴. Sus demandas eran amplias: la inseguridad, la falta de transparencia del gobierno y la corrupción, contra la “chavización” del modelo kirchnerista, hasta cuestiones económicas como el libre acceso a la compra de dólares (Pereyra, 2016; Gold, 2017; Vommaro, 2017). Si bien fueron pocos eventos, tuvieron gran performatividad política, siendo claves en las elecciones de diciembre de 2015 y el triunfo de la alianza Cambiemos.

El 3 de junio de 2015, se produjo la primera manifestación #NiUnaMenos. En todo el país se dieron movilizaciones masivas contra los femicidios,

³ Este polo de conflictividad estuvo articulado por las centrales sindicales opositoras CGT Azopardo, CGT Azul y Blanca y la CTA Autónoma, las cuales realizaron cuatro paros nacionales entre 2012 y 2015

⁴ Fueron conocidas mediáticamente con el nombre de la fecha en que se hicieron: “13S” (13 de septiembre de 2012), “8N” (8 de noviembre de 2012), “18A” (18 de abril de 2013) y “8A” (8 de agosto de 2013).

ampliando luego sus demandas. Estas protestas fueron transversales a distintos espacios políticos. Denunciaban la invisibilización de la violencia contra las mujeres e impugnaban la noción de “crímenes pasionales”, expresión que les otorgaba un carácter privado antes que de problemática social ligada a relaciones de violencia de género (Rey, 2019; Stefanetti, 2020). En 2018, el movimiento logró el tratamiento legislativo de la interrupción voluntaria del embarazo, rechazado en ese momento y aprobado en 2020.

Con la asunción de Mauricio Macri, la política económica dio un giro neoliberal (Cantamutto y Constantino, 2020; Varesi, 2018). En respuesta, los sindicatos se manifestaron contra los efectos económicos y los despidos en el empleo público. En el primer año, se destacaron las movilizaciones de las organizaciones sociales nucleadas en la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP) y aliadas que, en articulación con la Confederación General del Trabajo (CGT), lograron la sanción de la Ley de Emergencia Social. El segundo hito del período Macri fue la reforma previsional en diciembre de 2017 que constaba principalmente en el aumento de la edad jubilatoria y un cambio en la fórmula por la cual se calculaban los aumentos jubilatorios en el marco de un país con alta inflación. Durante su tratamiento, distintas organizaciones sociales, políticas y sindicales protestaron en las puertas del Congreso y fueron duramente reprimidas. Si bien el gobierno logró aprobar parte de la reforma, lo hizo a costa de perder gran parte de su capital político. Finalmente, ya en el gobierno de Alberto Fernández, se abrió un escenario distinto con la pandemia.

Protesta en la pandemia

El año de 2020, con la llegada de la pandemia de Covid-19, fue atípico a nivel mundial, y obviamente afectó las dinámicas de protesta en los tres países. Chile venía del Estallido y hubo fuertes protestas en marzo del 2020 cuando el gobierno Piñera adoptó medidas de confinamiento estrictas, lo que provocó un alto de las movilizaciones de manera indefinida. Las únicas protestas que se registraron en este periodo fueron de funcionarios y usuarios de la salud y de comunidades que exigían mayor control con el acceso a las localidades. En Brasil y Argentina, las medidas fueron más disputadas y por esto llegaron a generar hitos en nuestras narrativas.

En Brasil, ya en abril hubo protestas contra el aislamiento social por parte de algunos estados, que a su vez apoyaban las políticas del gobierno federal. En algunas ciudades, los participantes nuevamente expresaron demandas de

intervención militar. Los opositores al gobierno, defendiendo el aislamiento, protestaron con cacerolas. Trabajadores de la salud y trabajadores de aplicaciones se hicieron visibles al demandar mejores condiciones de trabajo (Abers et al., 2023). Sin embargo, recayó en las protestas negras la expresión más sorprendente del período. En el contexto del asesinato de un hombre negro por guardias de seguridad de un supermercado en el sur del país, y bajo el lema *Las Vidas Negras Importan (Black Lives Matter)*, conectaron las agendas local e internacional en torno a la defensa de la democracia y los discursos anti-racistas.

En Argentina, el 20 de marzo se declaró el Aislamiento Preventivo y Obligatorio (ASPO) frente a los primeros casos importados. La protesta durante este año si bien fue alta, se dio principalmente a través de comunicados de las organizaciones con una caída fuerte de la presencia en las calles debido al peligro sanitario (Natalucci, et al., 2020). No obstante, pese al aislamiento, hubo protestas que ocuparon el espacio público como las caravanas organizadas por la oposición. Un hecho novedoso durante este año fue la protesta de nuevos actores ligados a la extrema derecha, quienes veían en el confinamiento sanitario un cercenamiento de sus libertades individuales y el deterioro económico. Estas protestas tuvieron amplio impacto mediático e influencia en la discusión pública aportando al deterioro de la legitimidad de las medidas de aislamiento.

Nuestro objetivo aquí no es desarrollar con profundidad las dinámicas de la protesta durante la pandemia, sino subrayar que el hecho que la protesta no haya desaparecido a pesar de los retos para la acción colectiva en tiempos de aislamiento social indica que el lenguaje de las protestas es central para las sensibilidades políticas contemporáneas. Justamente porque la gente pasaba por un periodo inusual, movilizarse se mostró esencial, de forma que individuos y grupos encontraron formas de presentar sus demandas públicamente, desde las redes sociales al inicio y también presencialmente con el pasar de los meses. Las demandas por salud y condiciones de trabajo estuvieron al frente, pero también en el contexto del aislamiento social las disputas en torno a proyectos de sociedad y del rol del Estado estuvieron presentes.

Así, en pandemia o no, en los tres países, la forma cómo la protesta se articuló con los temas nacionales y planteó preguntas a las sociedades varió. Argentina fue el país con mayor volumen de protestas registradas por la prensa local en el período. Allí, la protesta guardó una fuerte relación con

los ciclos electorales, contribuyó a la reorganización electoral de la derecha a mediados de la década y fue central para poner en cuestión políticas económicas y hacer demandas al Estado. La fuerte conexión de la política que emerge de las calles con los procesos institucionales contribuyó para que la dinámica de las movilizaciones haya sido relativamente estable -sin grandes picos-, a diferencia de Brasil y de Chile. En Brasil, la protesta se volvió hacia el funcionamiento del sistema político. Ganaron visibilidad nuevos actores colectivos, a la izquierda y a la derecha, y en protestas masivas, a veces polarizadas, se discutió la legitimidad de los gobiernos de turno, así como la deseabilidad misma de la democracia. En Chile, el protagonismo de los estudiantes marcó continuidades con la década anterior, no obstante, las disputas que establecieron en relación con el papel del Estado inspiraron a otros grupos a salir a las calles. El estallido social de 2019 llevó finalmente a un debate sobre la propia organización del poder en el país y la instauración de una Asamblea Constituyente. Así, por un camino diferente del que se vio en Brasil, la protesta también llegó al centro de la organización de la democracia chilena.

Más allá de estos grandes rasgos, una comparación entre los hitos destacados hasta aquí permite observar tendencias compartidas entre los países, las que analíticamente hemos en torno a dos grandes ejes -las protestas por cuestiones económicas, y las vinculadas más directamente a lo político institucional. Hay críticas a la política económica y disputas sobre el rumbo de reformas, algunas de las cuales llevaron a la creación de políticas sociales. En el eje de la política, hay tanto críticas a la política institucional como la creación de nuevas demandas en medio a las protestas, y también el ascenso de nuevos líderes y la apertura de espacio para algunas políticas que de otra manera no tendrían lugar. Esto sigue nuestro argumento según el cual la protesta en este período tuvo un doble rol, como crítica y como creación.

La protesta en su doble rol, como crítica y creación

La crítica a la economía en el marco de las restricciones externas

La literatura internacional, que en los últimos años estuvo atenta a las conexiones entre protesta y economía, entiende que la relación entre los problemas económicos y la protesta durante los años de crisis no es directa, sino que hay que analizar conjuntamente los problemas económicos y el

contexto político y social. Las dificultades económicas pueden traducirse en una ampliación de la protesta en aquellos momentos en donde se responsabiliza a la gestión del gobierno por dicha situación y cuando los actores consideran que los gobiernos pueden hacer algo frente a la misma (Kriesi et al., 2020b).

En el Cono Sur de las Américas, el período comienza con el impacto tardío de la crisis global de 2008. La relativa holgura económica producto de precios favorables a las exportaciones encontró sus límites con la crisis global, principalmente a partir del fin del “superciclo de las *commodities*” en 2011. Los precios de muchos de los productos primarios que estos países exportan tuvieron una fuerte disminución, reduciendo los recursos en un mundo con menor crecimiento global y dinamismo comercial. En Brasil y Argentina, la crisis global impactó en 2009 pero fue especialmente desde 2011 cuando las economías tendieron a estancarse⁵. En este marco, la protesta fue clave en colocar a la cuestión económica como uno de los factores de crítica a los gobiernos progresistas, que se articuló con la crisis política y contribuyó a los cambios de gobierno. En Argentina, el nuevo contexto mostró los límites de la dinámica del *win-win* (Wainer, 2018)⁶. La crítica económica estuvo articulada por las centrales sindicales críticas a través de cuatro paros nacionales entre 2012 y 2015. Además de la pérdida salarial por la inflación, reclamaban un aumento del mínimo salarial no imponible por el impuesto a las ganancias, a lo que el gobierno se negó aduciendo necesidades fiscales y una repartición justa de los recursos para sostener la actividad económica. Así, en estos años la conflictividad pasó por la puja distributiva con los empresarios y con el Estado⁷. La cuestión económica también atravesó a las protestas antikirchneristas, principalmente la restricción en el acceso a la compra de dólares que había impuesto el kirchnerismo ante la falta de divisas. Estas críticas fueron retomadas en las elecciones

⁵ Según datos del Banco Mundial, Argentina venía de un crecimiento en torno al 9% entre 2003 y 2007 y desde 2011 entró en una dinámica de estancamiento con años de crecimiento y de decrecimiento, profundizándose la crisis en 2018. De modo similar, Brasil comenzó a estancarse en 2011 y decreció en 2015 y 2016 en torno al 3%.

⁶ Se llamó así a la simultánea recomposición de las ganancias empresariales y del salario de los trabajadores.

⁷ En Argentina, la cuestión económica tuvo mayor gravitación en la protesta respecto de Brasil y Chile, principalmente por la inflación. El 40,17% de las demandas en Argentina fueron de carácter económico -producto de la suma demandas económicas, sectoriales y salariales-, mientras que en Brasil y Chile fueron de 19,53% y 15,38%, respectivamente. En el capítulo de demandas se ampliará el tema.

por la alianza Cambiemos, y en algunos casos llevadas a cabo una vez en el gobierno, principalmente el desarme de las restricciones a la compra de divisas en 2016 -luego de devaluar la moneda en un 60%-.

En el caso de Brasil, fueron los empresarios -y luego la derecha nacionalista- quienes desde un principio cuestionaron las políticas económicas y utilizaron las protestas para hacerlo. Los industriales encontraron en un principio puntos de negociación con el gobierno de centro-izquierda de Dilma, especialmente el acuerdo de un plan de medidas de soporte a la actividad industrial con la poderosa Federación de las Industrias del Estado de São Paulo (FIEPS)⁸, quienes luego rompieron y se unieron a la oposición que apoyó el *impeachment* y el gobierno Temer. Por su parte, el campo obrero y de los movimientos populares -quienes históricamente protestaron en contra de medidas económicas- mantuvieron su apoyo al gobierno de centro-izquierda en una posición defensiva.

En los primeros años después de la crisis internacional la economía cotidiana no se había visto afectada -la tasa de inflación y de desempleo se mantenían entre el 5% y el 7%- , por lo que la problemática económica no fue central en las movilizaciones de Junio de 2013 (Tatagiba y Galvão, 2019). Los problemas económicos empiezan a profundizar en paralelo a las elecciones de 2014⁹ y la aceleración de la crisis política con el proceso de *impeachment*. La dificultad en su segundo gobierno de revertir la caída del PBI contribuyó a un incremento en las protestas anti Rousseff hasta el punto que, para algunos, la justificación del *impeachment* recaía en la incapacidad del gobierno de gestionar la política económica. Fue significativa la campaña “No voy a pagar el costo” (*Não vou pagar o pato*), en el que la FIESP y la Federación de las Industrias del Estado de Río de Janeiro colocaron patos gigantes frente al Congreso Nacional y la Explanada de los Ministerios para reclamar contra el regreso de un impuesto a las transacciones financieras y en apoyo explícito al *impeachment*. De esta forma, en Argentina y Brasil la economía contribuyó de distinto modo a cambios políticos.

⁸ A grandes rasgos, esta agenda de política económica preveía una depreciación del real y la reducción de las tasas de interés para desfortalecer al real frente al dólar, líneas de crédito subsidiadas, reducciones de contribuciones laborales, entre otras (Singer, 2014). La estrategia del gobierno de Dilma pasaba de un “reformismo débil” de la era Lula a un “reformismo fuerte” (Singer, 2018).

⁹ Una parte de la disputa en las elecciones se centró en la responsabilidad por la situación económica; para la oposición era la falta de austeridad, mientras que para el oficialismo era la crisis internacional (Carvalho, 2018).

En el caso de Chile, la economía tuvo menor centralidad, dada su estabilidad económica¹⁰. Sin embargo, los conflictos abiertos por estudiantes, sindicatos y partidos de izquierda abrieron la pregunta por dicha estabilidad, donde el país podía exhibir buenos números macroeconómicos pero a costa de una alta desigualdad social y falta de oportunidades de ascenso social (Ruiz y Boccardo, 2014). Ya en las movilizaciones estudiantiles de 2011, si bien sus demandas eran principalmente educativas, poco a poco avanzaron en la impugnación de cuestiones centrales del modelo estatal heredado por la dictadura (Garretón, 2021).

La protesta como disputa sobre el rumbo de las reformas

En 2016, con la asunción por vía electoral de Mauricio Macri en Argentina y de Michel Temer en Brasil por medio del *impeachment*, se produjo en estos países un giro neoliberal en la política económica. Las reformas regresivas se enfocaron en los derechos sociales y buscaron desestructurar los limitados Estados de bienestar social. Estas reformas generaron reacciones desde sectores sociales, que en algunos casos lograron impedirlos. Por el contrario, en Chile la disputa por las reformas estuvo impulsada principalmente por la protesta de estudiantes y sindicatos, en un proceso de ofensiva más que de retroceso.

El gobierno de Macri aumentó las tarifas de servicios públicos -que se difundió entre los manifestantes como el “tarifazo”-, despidió a miles de trabajadores estatales -lo que motivó las protestas de sindicatos estatales en 2016- y desreguló el comercio y los mercados financieros. Los efectos fueron inmediatos; cayó el salario promedio, la pobreza subió a más del 30% y aumentó el desempleo. En este marco, se dio uno de los hitos del período con las manifestaciones por la Ley de Emergencia Social (LES), en la que organizaciones territoriales y de trabajadores informales alrededor de la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP) articularon con los sindicatos y lograron la ampliación de la política social. Esta ley entre otras cosas obligó al gobierno a reorientar recursos para asistir a los sectores vulnerables evidenciando los efectos económicos, así como la heterogeneidad

¹⁰ Chile contaba con un crecimiento en torno al 6% el cual descendió a un promedio del 2% entre 2013 y 2019, pero se mantuvo en números positivos a diferencia de Argentina y Brasil que entraron en recesión.

estructural del mercado laboral en Argentina (Natalucci y Mate, 2020)¹¹. La particularidad de estas manifestaciones fue doble. Tempranamente, señaló al gobierno como el responsable de la situación, obligándolo a negociar recursos con las organizaciones y a declarar la emergencia en materia social dejando en evidencia los efectos de sus políticas. Al mismo tiempo, el proyecto de ley surgió desde las mismas organizaciones a través de legisladores aliados en el Congreso y negociado con el gobierno, en un proceso de creación de política pública.

En el caso de Brasil, el programa que propuso Temer al asumir el gobierno preveía la flexibilización de las leyes laborales, la reducción de gastos en políticas sociales y una reforma previsional. Pronto, el gobierno intensificó la reducción del gasto público en un contexto de caída de los ingresos colocando un tope al gasto público, con aprobación del Congreso (Carvalho, 2018). Durante su gobierno, la cantidad de eventos de protesta en 2016 fue la más alta después del pico de 2013, el 41,21% de las demandas trataron por política económica y sectorial. Fue un período en el cual los sindicatos y movimientos populares que habían ocupado las calles desde la redemocratización, volvieron a tomar fuerza protagonizando la reacción a las reformas.

En ambos países, Brasil y Argentina, se buscó llevar adelante procesos de reforma laboral y previsional en clave regresiva. En el caso de Temer, pese a la protesta de los sindicatos, logró aprobarse la reforma laboral en 2017. La nueva norma permitió una mayor flexibilización de las formas de contratación, legitimando procesos de tercerización laboral, y dio permiso a que la negociación directa entre empresas y trabajadores prevalezca sobre la ley en puntos como flexibilidad horaria, plan de trabajo y salario y banco de tiempo. También debilitó los sindicatos al extinguir la contribución sindical obligatoria. La reforma previsional, que preveía edades más altas y tiempo más largo de contribución para la jubilación, no llegó a ser aprobada bajo Temer porque la fuerza política del gobierno cayó tras acusaciones de corrupción, pero fue llevada a cabo por Bolsonaro en 2019. Por el contrario, en Argentina la resistencia sindical impidió que se avance con el proyecto de ley de reforma laboral -aunque en los hechos se produjo un fuerte deterioro del mercado de trabajo-. No obstante, el gobierno logró aprobar en diciembre de 2017 una reforma previsional pese a una amplia oposición de los manifestantes. La fuerte resistencia en las puertas del Congreso y la dura

¹¹ Se trató de un conjunto de protestas que comenzaron el 7 de agosto de 2016 con la marcha de San Cayetano y culminaron en marzo de 2017 con la sanción de la ley (Maneiro y Núñez, 2021).

represión hicieron de esta victoria del gobierno un quiebre en el período para Argentina, ya que la legitimidad del gobierno quedó fuertemente mellada (Natalucci et al., 2023).

En el caso de Chile, las reformas durante estos años tuvieron un carácter progresivo aunque limitado. La capacidad de creación de las protestas articuladas por los estudiantes y sindicatos llevó a que Bachelet impulsara reformas educativas y laborales que buscaron modificar de forma moderada algunas de las bases del modelo neoliberal chileno, como la gratuidad en la educación superior. Una de ellas fue la reforma laboral progresiva en 2014, impulsada y luego apoyada por los sindicatos en las calles -quienes concentraron en 2015 y 2016 casi un tercio de los eventos de protesta para todo el período (31,93%)¹²- y rechazada por la oposición y los empresarios. Luego de dos años de discusión (2014 a 2016), logró aprobarse, pero dejando fuera un elemento central como es la posibilidad de los sindicatos de agruparse para negociar por rama de la economía¹³.

Otro hito fundamental que da cuenta del proceso de ofensiva de la protesta fueron las movilizaciones por las pensiones. En 2016, la Coordinadora No Mas AFP encabezó un movimiento que logró tal masividad y adhesión popular que la reforma al sistema de pensiones fue abordada en todos los programas presidenciales desde esa fecha, tanto de izquierda como de derecha (Knipp, Valdebenito y Barriga, 2018). A pesar de las sostenidas movilizaciones, con picos de más de 100.000 manifestantes solo en Santiago, y la ampliación de su repertorio hacia propuestas legales, el movimiento no fue capaz de incidir en una reforma de pensiones debido en parte a la impermeabilidad del sistema político chileno (Rozas-Bugueño y Maillet, 2019). Recapitulando, en Argentina y Brasil la protesta fue una herramienta que sirvió como “mecanismo de señalización” de los problemas económicos (Kriesi, et al., 2020a) y para atribuir las responsabilidades al gobierno. Por medio de ella, sectores también lograron posicionarse en contra de las refor-

¹² La Central Unitaria de Trabajadores de Chile (CUT) el 11 de julio de 2013 había realizado un paro nacional con manifestaciones exigiendo entre otras cosas una nueva institucionalidad laboral.

¹³ La cuestión más criticada fue la modificación a la ley de negociación colectiva (Ley 20.940), principalmente la reforma de la Titularidad Sindical a la hora de negociar, ya que la ley anterior permitía que los empresarios negocien paralelamente con “grupos negociadores” los cuales la mayor de las veces eran grupos temporales y formados ad-hoc específicamente para restarle poder a los sindicatos. Si bien la reforma laboral avanzó en muchos puntos, estos cambios en la Titularidad Sindical fueron declarados inconstitucionales por el Tribunal Constitucional por lo que quedaron sin efecto.

mas laborales y de jubilación y pensiones, de manera que la protesta fue un factor clave en impugnar el rol del Estado bajo el giro neoliberal. En Chile, la protesta no gravitó específicamente sobre las problemáticas económicas sino que contribuyeron a discutir al sistema neoliberal heredado de Pinochet: pese a que el cambio de color político del gobierno no puso en cuestión la trayectoria económica neoliberal que el país conlleva desde la década de los 80, las reformas laboral y de pensiones también figuran como hitos, sólo que con una señal invertida, allí fueron los movimientos populares los que demandaron en las calles reformas y no los empresarios como por ejemplo en Brasil. De esta manera, la protesta jugó un doble rol, tanto de crítica como de creación; no sólo buscó impugnar la política económica, también contribuyó a disputar y a delinear la agenda económica de los gobiernos, en algunos casos elaborando propuestas de políticas propias.

La crítica al funcionamiento de la política y las respuestas desde las instituciones

Analizar las protestas a lo largo de una década nos ha permitido ver ocasiones en que las movilizaciones pusieron en tela de juicio políticas, gobiernos y el propio sistema democrático. Esto es justo lo que sucedió en algunos de los hitos que subrayamos en la primera sección del capítulo: junio de 2013 y en las movilizaciones en pro o en contra el *impeachment* de Rousseff en Brasil; los cacerolazos anti kirchneristas en Argentina; y, en Chile, las protestas de los estudiantes y el Estallido de 2019. Pese a las particularidades nacionales, el hecho de que hayan puesto en marcha cuestionamientos a las dinámicas de la política institucional denota la relevancia de mirar a la política desde las protestas.

En Argentina la protesta como herramienta de crítica al gobierno fue evidente durante el ciclo de cacerolazos antikirchnerista entre septiembre de 2012 y agosto de 2013. Allí, una vez más, funcionó un mecanismo de señalización de descontento, de atribución de responsabilidades y de rendición de cuentas del gobierno de Cristina Kirchner que afectaron la imagen del gobierno (Annunziata et al. 2016; Ferrero et al., 2019). Parte de la originalidad de estas protestas está en que demostraron el descontento de una parte de la sociedad civil menos vinculada a agrupamientos tradicionales en el país, bajo menor influencia del peronismo (ver cap. 2). Al menos inicialmente, fueron movilizaciones “sin mediación”, convocadas por una sociedad civil “desorganizada”, basada en las clases media y alta.

Este perfil de movilizaciones “sin líderes” no era común en el país (De Piero y Gradin, 2015).

Es cierto que la oposición al peronismo estuvo presente, a veces por la asistencia de líderes individuales, otras veces con sus banderas. Lo que se vio allí, inicialmente, tuvo rasgos similares a lo que ocurrió en Brasil en 2013, con grupos reaccionando a la presencia de políticos profesionales y enfatizando la autonomía de las manifestaciones: los desafíos de la representación y el malestar con los políticos profesionales aparecen en estos episodios. Sin embargo, un elemento de diferencia entre los dos países fue que, en Argentina, a medida que se acercaba el período electoral, la oposición logró canalizar las demandas a su favor y vencer en las siguientes elecciones nacionales. El 18 de abril de 2013, las organizaciones políticas opuestas a Kirchner fueron visibles en estas manifestaciones (Annunziata et al., 2016). El PRO supo conducir el malestar a su favor y se presentó como “portavoz” de demandas insatisfechas por parte de los partidos mayoritarios, y portador de nuevas formas de hacer política (Vommaro, 2017; Vommaro y Gené, 2023). Logró construir esta imagen aun en alianza con partidos tradicionales como la Unión Cívica Radical (UCR), lo que le permitió el éxito en las elecciones presidenciales del año 2015 con la candidatura de Mauricio Macri. Aquí, en paralelo a la crítica al gobierno, las protestas presentaron señales de su capacidad creadora en la medida en que permitieron liberar fuerzas e ideas sociales que, canalizadas por segmentos de la política institucional, contribuyeron a cambios en el juego electoral. Cómo será visto más adelante, en Brasil y en Chile esta posibilidad fue llevada a cabo de otra manera, con la emergencia de liderazgos desde las protestas mismas.

En Brasil, en el ciclo de junio de 2013, la gente fue a las calles para expresar un conjunto difuso de críticas, desde el costo y la calidad de vida en las ciudades, la forma en cómo se gastaban sus impuestos frente a una baja calidad percibida de las políticas de salud y educación, hasta los costos de las obras de infraestructura para eventos deportivos. Junio suele ser interpretado como un ciclo de protestas por la manera como la cantidad de protestas subió y abrió espacio para la aparición de nuevas demandas, manifestantes y modos de protestar, para enseguida descender prácticamente a los niveles anteriores. Tal proceso, abierto e inacabado en sus efectos, produjo una “apertura societaria” (Bringel y Pleyers, 2015). Allí estuvieron mezclados lo que Alonso (2023) nombró repertorios nacionalistas, autonomistas y de la izquierda tradicional. A pesar de las reacciones esbozadas por liderazgos

y partidos políticos -con pronunciamientos saludando a la juventud o una propuesta de reforma política que poco avanzó- el sistema político intentó actuar en los años siguientes como si las demandas presentes en los levantamientos de junio hubieran quedado atrás. La idea de que se necesitaban “cambios” tuvo eco en las campañas en todos los niveles en las elecciones de 2014, pero los programas mantuvieron temas y formatos anteriores y, lo que es más importante, los actores políticos que venían poblando el escenario institucional brasileño, en especial en las elecciones mayoritarias, continuaron siendo prácticamente los mismos¹⁴. Pese a la elección de un congreso más conservador, el resultado electoral para presidente siguió un patrón similar a las precedentes (Amaral y Ribeiro, 2015). Luego, ante el cuestionamiento del resultado por parte del candidato derrotado, se produjeron movilizaciones electorales reactivas (Tarrow y McAdam, 2011), que fueron creciendo paulatinamente. A diferencia de la Argentina, por lo tanto, el sistema político no logró una recomposición que fuera capaz de traducir los descontentos institucionalmente.

El segundo hito del período, la campaña por el *impeachment* cobró fuerza en 2015 reavivando tensiones que no habían sido resueltas en los años previos. En paralelo, ganó peso la *Operación Lava Jato*, que puso de relieve el tema de la corrupción en la gigante petrolera Petrobras, y la vinculó a los gobiernos de PT (Kerche y Marona, 2022). Mientras la corrupción resultó ser un lema capaz de sacar a las calles a miles de personas, el antipetismo fue un detonante importante para darle un tono emocional al activismo (Tatagiba, 2018). Cuando se mira en retrospectiva, esta articulación puede parecer natural, pero su capacidad para provocar efectos políticos no estaba dada a priori: el efecto que produjo el malestar con las acusaciones de corrupción y la responsabilización del gobierno se probó en las calles, no en las oficinas. Aquí se nota, otra vez, la capacidad instituyente de las protestas. Este acercamiento entre temas y actores se fue construyendo, validando y reforzando a medida que producía efectos. En este contexto, sectores de la élite brasileña optaron por no esperar a las próximas elecciones, sino por la interrupción del mandato. El *impeachment* es un mecanismo formal, sin embargo, la prensa y los partidarios del juicio político midieron su legitimidad por el tamaño de las protestas. Su impacto en el sistema político no pasó sólo por las acciones de los manifestantes, sino por cómo los actores

¹⁴ A pesar del crecimiento de la candidata verde a la presidencia, Marina Silva, que obtuvo el 21,3% de los votos en la primera vuelta, los dos partidos que pasaron a la segunda vuelta en 2014 fueron el PT y el PSDB, los mismos desde 1994.

políticos con vínculos institucionales las tradujeron, qué rasgos enfatizaron, y de qué manera utilizaron las posibilidades que abrieron las calles en sus planes de poder (Tatagiba, 2018).

Hasta 2015, las demandas de intervención militar no habían aparecido claramente, y las primeras veces que aparecieron fueron cuestionadas y rechazadas por otros participantes (Tatagiba et al., 2015). La cuestión alcanzó un nuevo nivel ya en 2018, durante las protestas de los camioneros bajo Temer. Fue allí donde los periódicos publicaron, por primera vez desde el ascenso del régimen militar, fotografías de protestas que traían frases de apoyo a la intervención de las fuerzas armadas en la política. En este clima se desarrollaron las elecciones de 2018, con la participación de un candidato, Jair Bolsonaro, que rehabilitó a los militares en la política, y al mismo tiempo que se presentaba como exdiputado, logró construir un discurso *outsider*, diferenciándose de una clase política desacreditada (Avritzer, 2021). En las calles, las preguntas sobre la corrupción se convirtieron en preguntas sobre el régimen y comenzaron a verse frecuentes movilizaciones pidiendo una intervención militar. Así, en Brasil, el proceso que va del cuestionamiento de las políticas y de los políticos, hacia el cuestionamiento del régimen mismo, ocurrió de manera gradual y llevó años. Las calles contribuyeron para amplificar las críticas y señalar responsables, pero al mismo tiempo fueron espacios en dónde se probó discursos y *frames* que, cuando produjeron efectos, ganaron fuerza en el juego político. Se observa aquí, desde el ciclo de protestas del 2013 hasta la polarizada campaña por y en contra del *impeachment*, cómo contribuyó a la creación de discursos novedosos e identificaciones políticas.

En Chile, ya en la década anterior los estudiantes secundarios ocuparon un rol clave en la protesta (Donoso y von Bülow, 2017). El período 2011-2020 estuvo marcado por dos grandes hitos que se desarrollaron desde las manifestaciones de estudiantes universitarios buscando más presencia del Estado en el sistema educacional, en 2011. Siguió con un promedio alto de movilizaciones estudiantiles y con la ampliación de alianzas de este con otros movimientos, y culminaron con el Estallido Social de 2019, abriendo paso a un Proceso Constituyente en 2020.

El conflicto tuvo su punto más alto a mediados de 2011. Mientras las manifestaciones crecían, encontraron adhesión activa de otros grupos como los trabajadores. En agosto de 2011, sindicatos nucleados en la Central Unitaria de Trabajadores de Chile, realizaron un paro de dos días en apoyo

a las protestas. Posteriormente el movimiento estudiantil cumplió un rol de articulador de otros movimientos, generalmente conducidos por grupos y organizaciones políticas de izquierda (Labarca, 2016). Pero las demandas no fueron abordadas por el gobierno de Sebastián Piñera, por lo que, a pesar de que a fines del 2011 la movilización decayó, el conflicto no quedó resuelto y siguió expresándose. Tras el espacio abierto por los estudiantes, otros grupos sociales pasaron a valerse de protestas para cuestionar el rol del Estado en la protección social, laboral y en la economía.

Así, lo que ocurrió en Chile fue que, a lo largo de casi una década, el rechazo al alto costo de la educación pública derivó en un cuestionamiento al rol subsidiario del Estado no sólo respecto de la educación, sino que también de la salud, de la vivienda y de las pensiones, lo que terminó llevando las demandas al corazón del modelo económico chileno. Esto deja visible cómo las protestas pueden abrir espacios para que emerjan demandas o *frames* que no estuvieron exactamente previstos por aquellos que las iniciaron.

Ya al final de la década, el Estallido, que se extendió desde 2019 hasta inicios de 2020, tuvo como origen inmediato el aumento del pasaje del transporte urbano en Santiago. En el 18 de Octubre, cuando los estudiantes interrumpieron la ciudad, fueron capaces de agrupar a miles de personas en grandes movilizaciones y rápidamente las demandas se ampliaron. Muchas de las protestas del Estallido fueron autoconvocadas, sin pasar por organizaciones estudiantiles (Somma, et al., 2020a; 2020b). El carácter de “estallido” no sólo hizo alusión a su espontaneidad, sino también a la multiplicidad de demandas e intereses involucrados, impidiendo la jerarquización e identificación de petitorios o interlocutores. Al pasar los días tomó fuerza la consigna “no son 30 pesos, son 30 años” en referencia al aumento del pasaje del transporte público y a los treinta años desde el retorno a la democracia. Esta consigna interpretaba un malestar con el sistema político y los partidos que durante las tres décadas habían administrado el Estado en dos grandes bloques, quienes contaban con bajos niveles de legitimidad.

Hasta 2019, a pesar del inicio transgresor de las protestas estudiantiles, desde la década anterior, el sistema político chileno había logrado responder continuamente a las demandas, absorbiendo parte de las mismas y conteniendo las protestas después de un tiempo, sin aceptar, sin embargo, aquellas que pudieran poner a prueba el funcionamiento del régimen. El Estallido puso un límite a este patrón de acción. En un escenario de fuertes protestas y mucha violencia, se tornó posible la construcción de la idea

de la necesidad de un nuevo pacto social que llevó a la demanda por una asamblea constituyente. Se observa entonces un segundo desplazamiento del encuadramiento de las demandas -el primero fue el conjunto específico de políticas al rol del Estado, mientras que el segundo fue hacia la organización de la democracia chilena, que también es probado no en oficinas de las organizaciones-, sino a través de las protestas.

En este sentido, la fuerza de las movilizaciones en Chile, durante la década, fue similar a lo que pasó en Brasil, pese a las especificidades. Hubo una transición de las demandas del funcionamiento del gobierno para el funcionamiento de la democracia. En Brasil esto estuvo relacionado al surgimiento de una extrema derecha que cuestionó el régimen, situándose en los límites externos de la democracia. En Chile, la demanda se canalizó hacia la reforma de las normas constitucionales, sin salir de los límites democráticos durante la década. No es casual que esto haya ocurrido bajo ciclos de protesta. La teoría demuestra que en ellos tiende a ser posible probar (y validar) nuevos discursos o marcos (*frames*). Ideas antes impensables pueden emerger de la caldera de las protestas en su curva ascendente (Tarrow, 2004). Lo que hemos visto en Brasil y en Chile fue que en estos procesos pueden ocurrir cambios en el patrón de demandas, que se dislocaron de la política cotidiana al régimen político, en procesos de intensa creación de posibilidades políticas, cuyo resultado para la democracia no estará jamás predeterminado.

Una segunda conclusión ayuda a pensar por qué en algunos países las críticas se restringen a cuestionar políticas y liderazgos (como pasó en Argentina durante el período) mientras en otros ellas llegan a las normas (lo que ocurrió en Chile) o a la propia deseabilidad de la democracia (Brasil). Desde lo que hemos percibido en este breve recorrido, al menos parte de la explicación reside en la forma cómo el sistema político reacciona a las protestas: importa si logra canalizarlas a respuestas institucionales desde grupos y dinámicas preexistentes, o no. Adicionalmente, la eclosión de repetidos hitos de protestas sin respuesta efectiva abre espacio para que se produzcan nuevas demandas y encuadramientos que llegan al cerne del régimen.

Por ende, una mirada a los hitos que venimos discutiendo en esta sección queda incompleta si no está atenta también al rol de las protestas en el ascenso de liderazgos y de nuevas fuerzas políticas, y también a la formación de alianzas que pueden surgir o ser profundizadas en las protestas. Sobre eso tratan, brevemente, los dos apartados siguientes.

El ascenso de liderazgos y nuevas fuerzas políticas desde la protesta

La práctica de la política desde las protestas contribuye a formar líderes, quienes durante las movilizaciones tienen contacto con dinámicas de organización, persuasión, planificación, negociación y expresión de ideas para diferentes públicos. Estos líderes pueden ganar visibilidad, ya sea en el día a día de las protestas, como referentes para la prensa o ganando adeptos en las redes sociales. Esto puede llevar a que sean reclutados por partidos -o ayudar a formar nuevos partidos o coaliciones-. En otros casos, el propio movimiento, al adoptar la “opción electoral” (Tarrow y McAdam, 2011), logra tener candidatos con visibilidad y reconocimiento público que facilite su trabajo de disputa por electores.

En Chile, toda una generación de nuevos líderes surgió de las calles y renovó los partidos de izquierda y centro izquierda (Avendaño, 2014; Donoso, 2014). Gabriel Boric fue líder estudiantil de las protestas de 2011, luego elegido diputado independiente en la “bancada estudiantil” en 2013 y llegó a presidente con apenas 36 años. Como señalan Somma y Donoso (2022), en escenarios de protestas masivas las líneas que dividen la política institucional y no institucional son más fluidas de lo que generalmente se reconoce.

Un proceso similar tuvo lugar en Brasil, donde importantes líderes locales del ciclo junio de 2013 ganaron visibilidad y fueron reclutados por los partidos. Las nuevas izquierdas autonomistas y las derechas fueron las que más se beneficiaron. Líderes de izquierda, que no estuvieron directamente vinculados al PT y a movimientos del inicio de la Nueva República, llevaron a cabo interesantes procesos de innovación con la formulación de candidaturas colectivas que se difundieron por gran parte del país (Almeida, 2024; Campos y Matos, 2023). La derecha también reclutó a líderes como Fernando Holiday, del *Movimento Brasil Livre*, elegido el concejal más joven de San Pablo en 2016, por el partido tradicional de derecha Demócratas (DEM). Ese mismo año se lanzaron las candidaturas del MBL en varias ciudades del país y se eligieron cinco diputados federales, por cuatro partidos (Abelin, 2021).

Un segundo proceso de creación relacionado a la protesta se identifica en la entrada de nuevos actores colectivos a la escena política. En Brasil o Chile, no fueron sólo los líderes políticos individuales los que ganaron plataforma, visibilidad y leyenda. Grupos y colectivos que antes estaban ausentes de las sociedades civiles nacionales lograron consistencia y visibilidad. Es posible

que su organización inicial haya precedido a las protestas, pero las manifestaciones ayudaron a hacerlas más relevantes en los escenarios políticos locales. En Chile, el levantamiento de 2019 creó una “coyuntura crítica” que contribuyó a reconfigurar la propia arena política, es decir, el “conjunto de actores individuales y colectivos que influyen en las decisiones y políticas públicas en el país” (Somma y Donoso, 2022, p. 2). Hasta 2019, la política nacional había estado marcada por una alternancia entre el bloque de centroizquierda (que eligió a Michelle Bachelet en 2005 y 2013) y el bloque de derecha (que eligió a Piñera en 2009 y 2017). En 2017, tras años de protestas estudiantiles, emergió una nueva izquierda con fuerza suficiente para crear el bloque que fue denominado la Nueva Mayoría, resultado de la antigua ex Concertación en alianza con el Partido Comunista.

En Brasil se vivió un proceso similar, pero con la importante diferencia de que no fue la izquierda, sino la derecha, la que se reestructuró a través de la política callejera. Es verdad que desde 2010 se puso en marcha una renovación del conservadurismo en el país. Agendas anti-derechos LGBTQIA+, de género y antiaborto que ganaron fuerza en el parlamento (Lacerda, 2019). Sin embargo, la difusión de los debates en el espacio público y la multiplicación de partidarios de estas causas pasaron por las calles (también por las redes sociales, pero esto excede a nuestro capítulo). En los embates en torno al *impeachment* se abrió un nuevo espacio político de derecha. El protagonismo de ese momento no fue entre los partidos tradicionales, sino de grupos que comenzaron a poblar la sociedad civil, reconfigurándola con la presencia de ideas conservadoras que ganaron apoyo de sectores más tradicionales de las clases bajas y de una clase media que salió a las calles a protestar “los domingos” (y por tanto fuera del horario de trabajo como lo hacían los trabajadores y los movimientos sociales). La expresión electoral de estos colectivos en partidos de la derecha sólo se construyó más tarde, después de que despuntaron en las protestas.

La creación de políticas desde el activismo feminista

Así como argumentamos sobre el rol de las protestas para la formulación y creación de políticas de apoyo económico en tiempos de crisis, fue posible identificar dinámicas similares en otras áreas de disputas. Uno de los ejemplos más evidentes suele ser el #NiUnaMenos, un hito en Argentina pero que produjo efectos también en las políticas para mujeres en Chile. Si bien en Brasil hubo protestas en contra el feminicidio y la violencia contra las

mujeres y el periodo estuvo marcado por las alianzas interseccionales entre mujeres, sus efectos sobre las instituciones políticas fueron menos expresivos bajo el contexto político del ascenso de las fuerzas conservadoras¹⁵.

En Argentina, tras una serie de convocatorias y una organización de colectivos e individualidades que en su mayoría no compartían una relación orgánica previa, el 3 de junio de 2015 se convocó a una movilización bajo la consigna #NiUnaMenos que movilizó entre 150.000 y 250.000 personas frente al Congreso en Buenos Aires. Las movilizaciones se asentaron en la experiencia y las redes configuradas no solamente desde 2015, sino de décadas de activismo feminista, dando cuenta de su capacidad de convocatoria. Por otro lado, se utilizaron una amplitud de tácticas complementarias a la movilización callejera, como el uso intenso de redes sociales (ver capítulo 5), la interrupción de programas de televisión o el lobby organizado en el parlamento, pañuelazos, intervenciones simbólicas y artísticas, entre otras (Rebón y Gamallo, 2021).

Tras las protestas en 2015, el gobierno de Fernández de Kirchner creó espacios especializados para el abordaje estatal de la violencia de género, como la Unidad de Registro de Femicidios en la Secretaría de Derechos Humanos, o la Unidad Fiscal Especializada en Violencia contra las Mujeres (Natalucci y Rey, 2018). Un salto respecto de la centralidad de las temáticas de género ocurrió en 2019 cuando se creó el Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad Sexual. En ese marco y de otras movilizaciones posteriores, una de las consecuencias en la arena política de los ciclos de movilización feminista en Argentina fue el aumento sostenido de la presencia de mujeres en cargos de representación popular, así como en altos cargos políticos de gobierno. En 2017 se legisló en Argentina para que existiera paridad de género en las listas parlamentarias (Natalucci y Rey, 2018).

En Chile no solo se hizo eco del #NiUnaMenos, también en 2016 se convocaron manifestaciones contra la violencia hacia las mujeres a partir de un caso de femicidio frustrado contra Nabila Riffó (Lamadrid y Bennitt, 2019).

¹⁵ Para el caso de Brasil, la cuestión de las políticas en torno a los derechos de las mujeres es más complicada debido a que en la década entraron en funcionamiento mecanismos de apoyo a las candidaturas de mujeres y las feministas estuvieron en las calles en diferentes momentos con marchas de mujeres y con el #EleNã que impugnó la candidatura de Bolsonaro (ver capítulo 3), el género fue un tema clave de la emergencia de las fuerzas conservadoras en la política (ver capítulo 2). Al mismo tiempo, desde el inicio de la década grupos conservadores encontraron en la 'ideología de género' un contrapunto al crecimiento de las agendas feministas y bajo este concepto movilizaron se y cuestionaron políticas e instituciones existentes (Biroli, 2019).

En este país, por otra parte, se implementaron mecanismos similares a los que se observaron en Argentina. Ya en 2015, el antiguo Servicio Nacional de la Mujer (SERNAM) fue reformulado para dar paso al Ministerio de la Mujer y al Servicio Nacional de la Mujer y la Igualdad de Género (SERNAMEG), posicionando la igualdad de género como un asunto central en la política del Estado. Así mismo, entre 2014 y 2018 se llevó a cabo un Plan de Acción sobre la Violencia contra las Mujeres, y en 2017 se legisló para asegurar que el 40% de las candidatas de los partidos políticos al Congreso fueran mujeres (Horta y Miranda, 2023). En Chile, tras las movilizaciones del ‘mayo feminista’ (Aray et al, 2022) durante el segundo gobierno de Sebastián Piñera, se alcanzó la máxima representación histórica de mujeres en el Congreso (22,7%) a partir de la entrada en vigencia de una Ley de Cuotas (Reyes-Householder y Roque, 2019).

El movimiento feminista fue el que más visiblemente encontró espacios comunes entre los países dentro de la década. Como ningún otro, y sin dejar sus anclajes nacionales, fue capaz de convocar masivamente y de manera encadenada entre los países. Esta simultaneidad está también anclada en un movimiento con antiguas raíces transnacionales que es el feminismo y en su capacidad de generar alianzas entre las mujeres y con otros grupos sociales.

Palabras finales

En una mirada desde el Cono Sur de las Américas, a partir de los casos de Argentina, Brasil y Chile, el período analizado comprendió el momento de debilitamiento del conjunto de gobiernos progresistas que desde el nuevo siglo había conformado una narrativa común en torno al proceso de expansión de derechos e innovación de políticas sociales. Estos gobiernos, aun con sus limitaciones y contradicciones, lograron mejorar sustancialmente las condiciones de vida de sus poblaciones. El nuevo contexto internacional puso a prueba estos procesos, abriendo espacios para el avance de los espacios opositores y con ello alternancias en los gobiernos nacionales y cambios en el rol de los Estados y las políticas públicas. En este proceso abierto e incierto, la protesta jugó un rol central en la disputa por la dirección que tomarían estos países.

Mientras que la literatura clásica sobre la acción colectiva puso el foco en el carácter contencioso de la protesta bajo una concepción de los movimientos sociales como elementos externos del sistema político, nuestra mirada buscó aportar a las perspectivas que plantean interrelaciones. Cuando

observamos el campo político y la protesta en conjunto en estos años, quedan a la vista los vasos comunicantes y los entrecruzamientos entre ambos conformando procesos complejos y enrevesados. Una mirada a las protestas a lo largo de una década permite que se vea una relación dialógica entre las estructuras partidarias y los movimientos, entre las oficinas institucionales y las calles. De allí nuestra apuesta, tanto teórica, empírica, como política, de entender la protesta en su doble rol, como crítica -dando cuenta de la relativa autonomía de la protesta y sus formas de acción específicas- y como creación - integrando y contribuyendo a producir el conjunto de relaciones sociales que le dan sentido y propósito-.

Así, la protesta opositora a los gobiernos progresistas fue crucial para colocar cuestiones económicas y políticas en la agenda pública, cumpliendo un rol de crítica señalando los descontentos sociales, cuyo impacto dependió no sólo de las calles, sino de cómo las élites políticas contestaron (o decidieron ignorar) a sus demandas. Del mismo modo, impugnó el giro neoliberal con los recambios de gobierno en Brasil y Argentina, resistiendo las reformas y defendiendo las -precarias, pero fundamentales- instituciones del Estado de bienestar social. En su rol creador, la protesta delineó los discursos de los que la oposición al kirchnerismo luego se valdría para criticar al gobierno y construir frentes electorales exitosos. Desde discursos y horizontes antagónicos, permitió el ascenso de nuevas fuerzas políticas tanto en Brasil -donde las demandas algunas veces bordeaban las reglas democráticas- como en Chile. Fue en este último que la protesta jugó un rol central al poner en una crisis de magnitudes nunca vistas al sistema pinochetista en su conjunto, logrando que se activara un proceso constituyente -aun teniendo en cuenta que, mientras terminamos este capítulo, el resultado haya sido el mantenimiento del texto constitucional anterior-.

En términos de las instituciones de la democracia, es interesante notar que en Brasil y Chile la protesta de la década contribuyó para reconfigurar los escenarios políticos hacia el funcionamiento mismo del sistema democrático en procesos que a priori parecían antagónicos, con el fortalecimiento de la izquierda en Chile y de una extrema derecha en Brasil. No obstante, a posteriori se vio el fortalecimiento de la extrema derecha también en Chile. Esto da cuenta de lo abierto de los procesos políticos y de su indeterminabilidad. Por su parte, en Argentina la protesta en estos años fue sistémica y vinculada a los ciclos políticos, y en ningún momento entre 2011 y 2020 hubo grandes cuestionamientos al funcionamiento del sistema democrático.

Sin embargo, años después logró imponerse electoralmente un *outsider* de extrema derecha cuyo vínculo antagónico con las instituciones democráticas está más que claro, abriendo la pregunta por la capacidad de las instituciones y sus actores para sostener el sistema democrático. Teniendo en cuenta además las experiencias de Bolivia y Perú, la pregunta por la democracia atraviesa a los países del Cono Sur y es una clave para pensar el futuro de la región. No es posible decir hacia donde caminan, pero hay pocas dudas que las protestas seguirán impugnando los procesos políticos con su dimensión instituyente.

Referencias bibliográficas

- Abelin, P. (2021). Crise da democracia liberal e as novas tecnologias: Um estudo de caso do Movimento Brasil Livre. Em L. Avritzer & P. Carvalho (Orgs.), *Crises na democracia: Legitimidade, participação e inclusão* (pp.171-218). Arraes Editores.
- Abers, R. N., Almeida, D. R. y Bülow, M. V. (2023). *A disputa pela democracia: Ativismos em contextos turbulentos*. Zouk.
- Almeida, D. R. (2024). Candidaturas Coletivas: Uma Nova Forma de Interação entre Movimentos Sociais e Partidos Políticos. *Dados*, 67(2), 1-41.
- Alonso, A. (2012). Repertório, segundo Charles Tilly: História de um conceito. *Sociologia e Antropologia*, 2(3), 21-41.
- Alonso, A. (2023). *Treze: A política de rua de Lula e de Dilma*. Companhia das Letras.
- Alvarez, S. (2022). Protesto: Provocações Teóricas a partir dos Feminismos. *Polis (Santiago)*, 21(61), 98-117.
- Amaral, O. y Ribeiro, P. (2015). Por que Dilma de novo? Uma análise exploratória do Estudo Eleitoral Brasileiro de 2014. *Revista de Sociologia e Política* 23(56), 107-23.
- Annunziata, R., Arpini, E., Gold, T., y Zeifer, B. (2016). Los nuevos actores de la participación ciudadana: convergencia *on-line/off-line* en Argentina. En B. Sorj y S. Fausto (Comps.), *Activismo político en tiempos de internet* (pp.35-110). Plataforma Democrática.
- Avendaño, O. (2019). Estallido social en Chile: Los dilemas políticos desde octubre del 2019. *Revista de Ciencia Política*, 57(2), 105-119.
- Avendaño, O. (2014). Fracturas y representación política en el movimiento estudiantil: Chile 2011. *Última década*, 22(41), 41-68.
- Avritzer, L. (2021). Política e antipolítica nos dois anos de governo Bolsonaro. En L. Avritzer, F Kerche y M. Marona (Orgs.), *Governo Bolsonaro, Retrocesso democrático e degradação política* (pp.13-20). Autêntica.

- Biroli, F. (2019). Direitos em disputa: gênero em foco, democracia em xeque. Em L. Avritzer, H. Starling, P. Braga, e P. Zanandrez (Orgs.) *Pensando a democracia, a República e o Estado de Direito no Brasil* (p.61-69). Projeto República (UFMG).
- Bringel, B. y Pleyers, G. (2015). Junho de 2013... dois anos depois. *Nueva Sociedad*, Special Issue, 4-17.
- Campos, B. L. y Matos, M. (2023). Juntas em um único número na urna? As experiências de mandato coletivo e o desafio à política partidária tradicional e personalista no Brasil (2016-2020). *Revista Brasileira de Ciência Política*, (40), 1-37.
- Cantamutto, F. y Constantino, M. (2020). Economía política del desarrollo argentino reciente: La etapa Cambiemos. *Plaza Pública*, 13(23), 82-102.
- Carvalho, L. (2018). *Valsa brasileira: do boom ao caos econômico*. Todavia.
- De Piero, S. y Gradin, A. (2015). La sociedad civil “desorganizada”. Protestas y oposición en la sociedad civil a los gobiernos kirchneristas. *Revista Estado y Políticas Públicas*, (5), 19-39.
- della Porta, D. (2020). Protests as critical junctures: Some reflections towards a momentous approach to social movements. *Social Movement Studies*, 19(5-6), 556-575.
- Donoso, S. (2014). “Outsider” and “Insider” Strategies: Chile’s Student Movement, 1990–2014. En S. Donoso, y M. Von Bülow (Ed.), *Social Movements in Chile: Organization, Trajectories, and Political Consequences* (pp.65-97). Palgrave Macmillan.
- Donoso, S. y von Bülow, M. (Ed.). (2017). *Social Movements in Chile: Organization, Trajectories, and Political Consequences*. Palgrave Macmillan.
- Ferrero, J. P., Natalucci, A. y Tatagiba, L. (Orgs.). (2019). *Socio-political dynamics within the crisis of the left: Argentina and Brazil*. Rowman & Littlefield International.
- Fillieule, O. y Tartakowsky, D. (2015). *La manifestación Cuando la acción colectiva toma las calles*. Siglo XXI.
- Garretón, M. A. (2021). Del “estallido” al proceso refundacional. El nuevo escenario de la sociedad chilena. *Asian Journal of Latin American Studies*, 34(2), 39-62.
- Gold, T. (2017). *De redes y cacerolas: el ciclo de movilización anti-gubernamental en Argentina (2012-2013)* [Tesis de maestría]. Universidad Nacional de San Martín. Instituto de Altos Estudios Sociales.
- Horta, D. y Miranda, L. (2023). Avances y desafíos en las políticas públicas de igualdad de género en Chile: el rol de FLACSO y el movimiento feminista en la teoría y práctica. En A. Fernández y C. Beramendi (Coord.), *Políticas públicas de igualdad de género en América Latina y el caribe en el siglo XXI: Nuevos protagonismos y viejos dilemas en tiempos de incertidumbre* (pp.67-80). FLACSO.
- Kerche, F. y Marona, M. C. (2022). *A política no banco dos réus: A Operação Lava Jato e a erosão da democracia no Brasil*. Autêntica.

- Knipp, R., Valdebenito, J. y Barriga, A. (2018). No basta con Twittear. #NoMásAFP ante el sistema de pensiones en Chile. *Hipertextos*, 6(9), 153-190.
- Kriesi, H., Lorenzini, J., Wüest, B. y Hausermann, S. (2020a). *Contention in Times of Crisis: Recession and Political Protest in Thirty European Countries*. Cambridge University Press. _
- Kriesi, H. Wang, C., Kurer, T. y Häusermann, S. (2020b). Economic Grievances, Political Grievances, and Protest. En H. Kriesi, J. Lorenzini, B. Wüest y S. Häusermann (Eds.), *Contention in Times of Crisis. Recession and Political Protest in Thirty European Countries* (pp. 149-183). Cambridge University Press.
- Labarca, J. (2016). El “ciclo corto” del movimiento estudiantil chileno: ¿conflicto sectorial o cuestionamiento sistémico? *Revista Mexicana de Sociología*, 78(4), 605-632.
- Lacerda, M. (2019). *O novo conservadorismo brasileiro: de Reagan a Bolsonaro*. Zouk.
- Lamadrid, S. y Benitt, A. (2019). Cronología del movimiento feminista en Chile 2006-2016. *Revista Estudos Feministas*, 27(3), 1-14.
- Maneiro, M. y Nuñez, J. (2021). Acción colectiva, negociaciones y alianzas tras la Ley de Emergencia Social. *Revista Perspectivas de Políticas Públicas*, 10(20), 429- 457.
- McAdam, D., Tarrow, S. y Tilly, C. (2005). *Dinámica de la contienda política*. Hacer Editorial.
- Mejías, S. y Panes, D. (2018). Reestructuración neoliberal y crisis del sistema previsional. En I. Rodríguez, P. Vommaro (Coord.). *Desigualdades, exclusión y crisis de sustentabilidad en los sistemas previsionales de América Latina y el Caribe* (pp. 47-86). CLACSO.
- Mendonca, R. y Bustamante, M. (2020). Back To The Future: changing repertoire in contemporary protests. *Bulletin of Latin American Research*, 39(5), 629-643.
- Natalucci A., Fernández Mouján, L., Kelmeszes, A., Mate, E., Ramírez Andrade, I., Ríos, V., Stefanetti C. y Vaccari, S. (2020) *La protesta en cuarentena. Análisis de una base cuantitativa sobre protestas sociales en el marco del proyecto monitor laboral*. Método Citra # 6, CITRA.
- Natalucci A., Fernández Mouján, L. y Mate, E. (Coords.). (2023). *La protesta en la era Cambiemos: conflicto por la distribución y respuesta represiva*. Método CITRA #13, CITRA.
- Natalucci, A. y Rey, J. (2018). ¿Una nueva oleada feminista? Agendas de género, repertorios de acción y colectivos de mujeres (Argentina, 2015-2018). *Revista de Estudios Políticos y Estratégicos*, 6(2), 14-34.
- Natalucci, A. y Mate, E. (2020). Estrategias de institucionalización de los trabajadores de la economía popular y sus organizaciones: Revisitando la Ley de Emergencia Social (Argentina, 2016). *Cartografías Del Sur Revista De Ciencias Artes Y Tecnología*, (12), 168-188.

- Pereyra, S. (2016). La estructura social y la movilización. En G. Kessler (Comp.), *La sociedad argentina hoy. Radiografía de una nueva estructura* (pp. 233-256). Siglo XXI Editores
- Pinheiro-Machado, R. (2019). *Amanhã vai ser maior: o que aconteceu com o Brasil e as possíveis rotas de fuga para a crise atual*. Planeta.
- Rebón, J. y Gamallo, L. (2021). Las bases sociales de la protesta en torno al aborto en la argentina reciente. *Sociedad y Religión*, 56(13), 1-24.
- Rey, J. (2019). What about Women during the Left Turn? The Case of #NiUnaMenos in Argentina. En J. P. Ferrero, A. Natalucci y L. Tatagiba (Eds.), *Socio-Political Dynamics within the Crisis of the Left: Argentina and Brazil*. Rowman & Littlefield.
- Reyes-Householder, C. y Roque, B. (2019). Chile 2018: desafíos al poder de género desde la calle hasta La Moneda. *Revista de Ciencia Política*, 39(2), 191-215.
- Rozas-Bugueño, J. y Maillet, A. (2019). Entre marchas, plebiscitos e iniciativas de ley: innovación en el repertorio de estrategias del movimiento No Más AFP en Chile (2014-2018). *Izquierdas*, (48), 1-21.
- Ruiz, C. y Boccardo, G. (2014). *Los chilenos bajo el neoliberalismo: clases y conflicto social*. Fundación Nodo Veintiuno.
- Selamé, N. (2022). Masivo y antielitario: el estallido social chileno como momento populista. *Revista Stultifera*, 5(2), 241-264.
- Singer, A. (2018). *O Lulismo em Crise*. Companhia das Letras.
- Somma, N. y Donoso, S. (2022). Renewing the Political Arena: Social Uprising, Constitutional Change and Chile's New Government. *Revista Mexicana de Política Exterior*, (122), 29-42.
- Somma, N., Bargsted, M., Disi Pavlic, R. y Medel, R. (2020a). No water in the oasis: the Chilean Spring of 2019–2020. *Social Movement Studies*, 20(4), 495-502.
- Somma, N., Garretón, M., Campos, T. y Joignant, A. (2020b). Radiografía del “estallido social”. En A. Joignant, N. Somma, M. Garretón, y T. Campos (Eds.), *Informe anual Observatorio de Conflictos 2020*. COES.
- Stefanetti, C. (2020). Un abordaje multidimensional del ciclo de movilizaciones #Niunamenos (2015-2020) y el uso de las TIC. *Revista de Estudios Políticos y Estratégicos*, 8(1), 40-60.
- Tarrow, S. (2004). *El poder en movimiento: los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Alianza.
- Tarrow, S. y McAdam, D. (2011). Movimentos Sociais e Eleições: Por uma compreensão mais ampla do contexto político da contestação. *Sociologias*, 13(28), 18–51.
- Tatagiba, L. (2018). Entre as ruas e as instituições: Os protestos e o impeachment de Dilma Rousseff. *Lusotopie*, 17(1), 112–135.

- Tatagiba, L. y Galvão, A. (2019). Os protestos no Brasil em tempos de crise. *Opinião Pública*, 25(1), 63–96.
- Tatagiba, L., Trindade, T. y Teixeira, A. C. (2015). Protestos à direita no Brasil (2007-2015). En S. C. V. e Cruz, A. Kaysel, G. Cudas, y A. N. Codato (Orgs.), *Direita, volver! O retorno da direita e o ciclo político brasileiro*. Fundação Perseu Abramo.
- Tilly, C. (2008). *Contentious performances*. Cambridge University Press.
- Varesi, G. (2018). Relaciones de fuerza bajo la presidencia Macri. *Realidad económica*, 47(320), 9-4.
- Vommaro, G. (2017). *La larga marcha de Cambiemos*. Siglo XXI Editores.
- Vommaro, G. y Gené, M. (2023). *El sueño intacto de la centroderecha*. Siglo XXI Editores.
- Wainer, G. (2018). Economía y política en la Argentina kirchnerista (2003-2015). *Revista mexicana de sociología*, 80(2), 323-351.

